CARMEN
AROLF

Matices Sureños

MATICES SUREÑOS

DE LA MISMA AUTORA

"Ana Teresa", (novela breve)

"Monografía del libertador Simón Bolívar", (en el centenario de su muerte).

"Haz de Añoranzas".

"El Hada del Famatima".

34.577

CARMEN AROLF
(FLORA G. B. DE GÓMEZ LANGENHEIM)

2/8.2.25

MATICES SUREÑOS

APROBADO PARA LOS
CURSOS DE CASTELLANO Y LITERATURA DE LOS COLEGIOS
NACIONALES Y ESCUELAS NORMALES

(SEGUNDA EDICION)

BUENOS AIRES
1 9 3 8

12.6 x 17.9

Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Imprenta López -- Perú 666 -- Buenos Aires

Homenaje

A la
Muy Noble y Muy Leal
Ciudad de la Santísima Trinidad,
Puerto de Santa María
del Buen Aire

en el

IV CENTENARIO

de su

Primera Fundación y Población

por

Don Pedro de Mendoza

Caballero de la Orden de Santiago
General de Carlos V
Adelantado del Río de la Plata

MDXXXVI - 2 Febrero - MCXXXVIII

EL HECHIZO DE LOS QUERANDÍES

ECHA a la mar, la "Santa Catalina" una de las naves que formaran la expedición del Primer Adelantado del Río de la Plata, llamó la atención a bordo desde el primer día, la presencia de una joven que no figuraba en la lista de los expedicionarios (1) y en cuyo bello rostro se advertían las huellas de muchas lágrimas vertidas al dejar San Lúcar.

Don Carlos de Guevara, capitán de la carabela, le prodigaba sus más solícitas atenciones, motivo éste que contribuía a aumentar la curiosidad de unos y atraerle las simpatías de otros.

Era joven, a lo sumo contaría 20 años, alta, esbelta, abundante cabellera de un rubio dorado y unos ojos

(1) En la expedición de Mendoza, vinieron muchas mujeres, algunas con traje varonil y lo conservaron mientras duró la expedición.

azules tan bellos y expresivos, que cautivaban con su mirar. Alicia Robles era su nombre, y aseguraban algunos viajeros que de Guevara era su segundo apellido, porque su madre era prima del capitán.

Los más novelescos comentarios se tejieron durante el viaje sobre la hermosa joven. Para unos, era una rica heredera y don Carlos de Guevara su tutor; para otros, éste la había librado de una tumba prematura al querer suicidarse a despecho de una desilusión amorosa, en que la fatalidad la convirtió en rival de su hermana mayor, mas nadie supo en verdad, el motivo que indujo a la joven a afrontar tan larga travesía entre gente extraña, a no ser el capitán.

Apenas despuntaba el día, abandonaba el lecho para contemplar desde cubierta la salida del sol y el batallar de las olas en el inmenso océano. Largas horas permanecía allí como embargada en secreta oración ante ese espectáculo, luego en murmullo quejumbroso se la oía exclamar: "¡Nunca, nunca volveré!", mientras sus ojos arrasados en lágrimas besaban con ternura una medalla piadosa que pendía de su cuello.

Las otras damas que viajaban procuraban atraerse su simpatía, con el deseo de distraerla en su visible congoja, sentían por ella serios temores al verla desganada y pensativa. Pero la juventud y excelente físico la preservaron de todo mal, y Alicia, pese a su íntima pena, supo sobreponerse y servir en cambio de consuelo a muchos de sus camaradas, que se sintieron desfallecer al llegar

a esta comarca, víctimas de una invencible nostalgia. Prestábales los más tiernos cuidados y siempre estaba dispuesta para ayudar a las otras mujeres en todos los trabajos que hubieron de pasar.

Don Carlos de Guevara se enorgullecía al ver que la más joven de los expedicionarios que viajaron bajo su comando y la más vacilante al dejar San Lúcar, resultara luego una fortaleza de aliento para los débiles.

Habitó Alicia una de las primeras viviendas que se construyeron salvando la barranca, a orillas del Riachuelo, próxima a la que se construyó para don Pedro de Mendoza y que denominaron "La choza del Adelantado".

Su bello rostro y su afable trato le granjearon la confianza y simpatía de las indias, quienes se llegaban para admirarla, y de esta suerte sacaba ella gran provecho para sus compañeros, porque eran abundantes los acopios de pescado, perdices y otros tantos alimentos que lograba a cambio de su sonrisa y afectuosos modales; y a tanto llegó su simpatía para los salvajes, que sus compañeros de expedición dieron en llamarla "El hechizo de los querandíes".

Mas a pesar de su fortaleza de espíritu y de su constante actividad, sus amigas la sorprendían frecuentemente que, huyendo de su presencia, buscaba la soledad para ir a sentarse a orillas del Riachuelo y allí, semioculta entre las matas de cortaderas y totoras, pensativa, que-

daba largo rato, como dando rienda a la montaña de tristeza que ocultara en lo más íntimo de su corazón.

¡Nada más propicio que aquella imponente soledad para replegarse en su dolor!

.. ..

Apagábanse los últimos rayos de sol de una tarde de abril, cuando "El hechizo de los querandíes" se encaminó hasta el lugar elegido para desahogo de sus cuitas, burlando la vigilancia de sus camaradas, que se empeñaban en no dejarla ir sola al río, temerosos de su constante preocupación, acrecentada con la ausencia de su protector (2).

¿Cuánto tiempo permaneció allí? Nadie lo supo. Por aquellos días la mayoría de los pobladores del Puerto de Santa María del Buen Aire estaban acongojados con la gravedad de don Pedro de Mendoza; iban y venían hasta la puerta de su choza para enterarse por los más allegados si había alguna reacción en el enfermo. Esta preocupación contribuyó a que la ausencia de Alicia no fuera advertida hasta ya entrada la noche. Con el mayor quebranto, adelantándose al infortunio, salieron varios de sus compañeros en su busca. Ansiosos costearon gran trecho del río favorecidos por el astro plateado que en todo su esplendor disipaba las sombras de la noche

(2) Don Carlos de Guevara juntamente con Ayolas e Irala había emprendido viaje hacia el Norte, enviado por el Adelantado (octubre de 1536), y de cuya expedición no regresaron, siendo víctimas de una emboscada de los indios.

y mostraba la inmensidad de aquella salvaje naturaleza; pero, inmutable en su majestad, no les reveló ni con la más leve señal el triste fin de "El hechizo de los querandíes".

Desconcertados, convencidos de su inútil tarea, regresaron, provocándose un duelo entre los pobladores ante la fatal realidad.

¿Qué fué de ella? ¿La devoró un yaguareté? (3) ¿Fué cautiva de los querandíes? ¿O acaso la fiebre del pesar que aniquilaba su alma hizo vacilar su fe y se arrojó al río?

¡El misterio que rodeara su existencia, para los expedicionarios, completó su obra, arrebatándola sin testigos!

---

(3) Todas las noches se llegaban hasta la empalizada muchos tigres en busca de presa.

LA INDIA LAHUÉN

ES la noche del 20 de marzo de 1536. El equinoccio otoñal se presenta brusco, un recio vendaval azota las flamantes moradas de los pobladores del puerto Santa María del Buen Aire. Son los primeros fríos que soportan en América los expedicionarios de Mendoza.

En la "choza del Adelantado" hay extraño movimiento, sus amigos íntimos le acompañan, pasan la noche en vela. El adelantado sumido en suntuoso lecho, a cuya cabecera se destaca un artístico crucifijo, escudado por las armas de los Mendoza, es presa de delirante fiebre. La enfermedad que padece hace tiempo reagrávase aquí con el repentino cambio de temperatura.

—Este clima no sienta a don Pedro — murmuran en voz baja sus acompañantes.

Pero él nada oye: sus oídos están sordos a todo ruido.

Dos mujeres, que hacen de enfermeras, se turnan para prodigarle los más solícitos cuidados.

Las horas corren, el viento calma con las primeras luces del nuevo día, la fiebre disminuye y Mendoza duerme.

Los amigos y el médico se retiran cautelosamente para descansar, sólo las mujeres quedan vigilando el sueño reparador del enfermo.

. . . . . .

Mientras esta escena tiene lugar en la "choza del Adelantado", allá, en una casucha próxima al Riachuelo, otro expedicionario sufre los extragos de una pirexia ocasionada por la infección en una pierna. Es un arrogante joven, noble arruinado que, seducido por la codicia de las riquezas de América engañó a su vieja madre, diciéndole que se iba a París, respondiendo al llamado de un amigo que le brindaba la oportunidad de rehacer con un buen negocio, parte de su fortuna malgastada. Y si durante la larga travesía hasta llegar al Río de la Plata horas de amarga pesadumbre censuraron la cobardía de su mentira, aquí, en su lecho de enfermo, fué doble su remordimiento, sintiéndose morir lejos de su presencia sin tener el consuelo siquiera de confesarle su engaño.

Nadie, a excepción de Mendoza, conoce su verdadero nombre; para los expedicionarios era el joven Domingo Fernández.

Dos amigos le acompañan esa noche y una buena mujer les brinda tisanas calientes, mientras le aplica remedios caseros en la pierna herida. Al clarear el nuevo día, la fiebre en él también disminuye; con su inteligencia lúcida se incorpora en el lecho y toma en sus manos un magnífico rosario con cuentas de madera, herencia señorial, reliquia que su santa madre no olvidó colocar en

su equipaje, y con ferviente fe ora y pide a su devota, la Virgen de Guadalupe, que le conceda la gracia de volver a España.

Embargados sus sentidos en esta ferviente súplica, no advierte el joven la presencia de la india Lahuén, (1) llamada así por la tribu querandí en testimonio de sus famosas curas. Con gesto de asombro inició la curandera su misión, vertiendo sobre la pierna enferma una untura que traía en su bolsón de cuero. Luego con arrogante parsimonia, colocó sus manos sobre la herida y las retuvo así largo rato, al cabo las retiró, y con tacto especial, auxiliada por una pequeñísima espátula de hueso, contrajo la herida extrayéndole, con asombro de los que la rodeaban, una espina de brusquilla (2) en descomposición.

La convalecencia del joven fué rápida; y su recompensa a la india fué regalarle el preciado rosario que ella había admirado con gran codicia.

. . . . . .

Medio siglo después, los compañeros de Garay tuvieron oportunidad de presenciar una emocionante ceremonia de los querandíes, quienes, obedientes a su rito, lloraban durante tres días la pérdida del ser que consideraban sobrenatural en su tribu, antes de darle sepultura. Tal fué para ellos la curandera Lahuén, falle-

(1) Lahuén, remedio, en indio.
(2) Pequeño arbusto que se halla hoy al sur de Buenos Aires.

cida muy anciana y rodeada del prestigio que le dieron sus famosas curas.

Los blancos, llevados por la curiosidad de aquellos llantos, que degeneraban en alaridos, se llegaron hasta el lugar de la ceremonia.

Rodeada por un centenar de indios, aproximadamente, estaba la difunta amortajada con un manto tejido en vivos colores, y a su cuello pendía el hermoso rosario que le diera un día el joven expedicionario de Mendoza, en recompensa de su cura.

LA GRUTA DE LICAN

LOS misioneros jesuítas que llegaron hasta la Patagonia en el año 1680, quedaron sorprendidos de muchas obras realizadas por los indígenas de aquella región, entre ellas la gruta de Lican (1) a orillas del río Limay (2) cerca de su nacimiento en el Nahuel Huapí. Estaba construída con guijarros de color rosado extraídos del lecho del mismo río, unidos con una especie de cemento de considerable resistencia. ¡Trabajo admirable que revelaba el ingenio y la paciencia de sus constructores! Guardaba esa gruta como reliquia sagrada, para aquellos indígenas, la momia de una india joven, que

---

(1) Lican, era una piedra blanca de gran valor para los araucanos. Esta gruta que llamaron así, en memoria de la india Lican, debió conservarse por muchos años, pues de ella hacen referencia las primeras misiones jesuíticas que llegaron al sur. En 1714, la misión del R. P. Juan José Guillermo establecida próxima al lago Nahuel Huapí, visitó esta gruta ya en ruinas, pero aún llegaban a ella centenares de indios llevados de su fanatismo.

(2) Limay, agua clara. Así llamó a este río una tribu quíchua que vino al sur, un siglo antes de la conquista de los españoles, se cree, con el propósito de civilizar a los araucanos.

apresaba entre sus brazos un canastillo de forma cilíndrica hecho de juncos, el cual encerraba otra momia de un pequeño niño.

Los más ladinos, confesaron a los misioneros, que era obra de sus antepasados y que el culto que profesaban a esas momias, respondía a una de sus creencias: la del sacrificio. Tal ceremonia consistía en extraer el corazón a un animal indefenso sin antes darle muerte. Luego ensartaban aquel órgano en un palo y levantándolo en alto invocaban a sus mayores pronunciando las siguientes sílabas: pul-mari pul-mari (3). Pero cuando amenazaba a la tribu un grave peligro, la víctima inmolada debía ser el niño más pequeño de la toldería. A tan terrible prueba debía someterse la madre a quien correspondiera entregar su hijo, sin proferir una queja, en testimonio de ciega obediencia a sus mayores.

Temeroso el cacique de las orillas del Limay, en cierta ocasión, por amenaza inminente de tribu enemiga, ordenó el sacrificio del niño más pequeño; acto que debía realizarse al siguiente día a la salida del sol. Correspondió éste a uno de dos meses, hijo de una india joven llamada Lican.

Con aparente resignación y en silencio escuchó su sentencia la madre, las otras la miraban consternadas sin atreverse a dirigirle una frase de condolencia, teme-

(3) Pul-mari, frase con que significaban un doble juramento de obediencia a su cacique, y éste a su vez las repetía en señal de sumisión a sus dioses.

rosas de contrariar la voluntad de sus mayores. Una quiso apartar el niño de su lado para evitar el terrible dolor de entregarlo ella misma, pero Lican se niega altiva, respondiendo que lo tendrá en su regazo hasta la hora del sacrificio.

Cae la noche, la toldería se duerme arrullada por la sonora corriente del Limay. Sólo ella abrazada a su hijo permanece en vela; la idea de rebelarse y desertar de su tribu la domina. Al fin se decide. Cautelosa y ahogando la respiración, huye con el niño.

Nadie advierte su ausencia hasta la madrugada, cuando los encargados de hacer los preparativos para la ceremonia la llaman para que entregue la víctima. Comprobada su desaparición (4) salen varios en su busca, pero al cabo regresan extenuados por el glacial frío de junio sin hallarla. En tanto la tribu enemiga se retira silenciosa, al percibir en ésta, extraño movimiento, sin sospechar que ello se debe a la ausencia de la víctima que iba a inmolarse en honor de sus dioses.

Dos días después apareció a orillas del Limay el cadáver de Lican abrazada al de su vástago, éste muerto dentro del canastillo de juncos. ¡La infeliz madre había preferido la muerte ocasionada por el hambre y el frío a la de dolor, que le deparaba su suerte!

Lejos de conmover esa escena a los salvajes, la miraron

(4) Desertar de su tribu era considerado entre los indios como un acto de cobardía y lo castigaban quemando el talón al desertor con un tizón en brasas.

con agrado, interpretando que el doble sacrificio había complacido a los dioses, enviándoles su inmediata protección, con la huída de la tribu enemiga.

Reunido luego el cacique con los veteranos de la toldería, dispusieron en testimonio de gratitud a Lican, encerrar su momia y la de su hijo en una "lilcara" (gruta), pues ella no fué considerada desertora, sino mártir, su fanatismo les indujo a creer que había ido en busca de la muerte con su hijo para alcanzar así mayor protección de los dioses para su tribu. De allí su veneración a esas momias, que se sucedió en varias generaciones. En caravanas llegaban frente a la gruta y después de encender grandes hogueras en honor de las momias, entraban para hacer su petición o depositar alguna ofrenda. Estas en su mayoría, eran objetos de barro y pequeñas figuras talladas en piedras.

UN IDILIO EN LA SIERRA DE LIHUÉ-CALEL

COMO premio al brillante examen de segundo año de medicina, que acababa de rendir Luis, su padre le proporcionó un paseo al establecimiento de campo que poseía en La Pampa, al pie de la sierra de Lihué-Calel (1).

Con el mayor entusiasmo partió el estudiante, adelantándose a las distracciones camperas que le brindaría su heredad.

La pieza más confortable, del modesto edificio que tenía la estancia, fué destinada para el dormitorio del huésped, quien respondiendo a su sencillez, rogó al viejo mayordomo don Ciriaco, que fuera su compañero de pieza, en la seguridad de que su compañía le sería grata y amena, pues deseaba compartir con él las tareas cotidianas del establecimiento, y borrar así la mala impresión de estiramiento, que generalmente tienen del pueblero los campesinos.

Aceptó complacido el mayordomo el pedido de su ni-

(1) Lihué-Calel, significa en indio, Sierra de vida.

ño; temprano salían ambos a caballo, recorrían los puestos, presenciaban la esquila, la señalada de corderos, etc. El estudiante estaba cada día más encantado de aquella vida tan llena de actividades físicas y de tanto sosiego para el espíritu.

Dos semanas habían transcurrido desde su llegada, cuando una mañana notó con sorpresa que don Ciriaco no había dormido en su cuarto. Preocupado se vistió rápido y llamó en seguida al peón más casero, Juan, y le interrogó sobre la sigilosa ausencia del mayordomo.

—No se asuste, patroncito, le habrá dado el ataque y por eso no ha querido dormir en su pieza — le respondió Juan, agregando: — seguramente estará allá en la cueva.

—¿En la cueva? — exclamó el joven con el mayor asombro.

—¡Ah! es que usted no está enterado todavía de las rarezas y caprichos de don Ciriaco...

Movida la curiosidad de Luis, abundó en preguntas, al cabo de las cuales ordenó a Juan le acompañara al lugar donde se hallaba el mayordomo.

Atravesando el monte de durazneros, que mediaba entre la estancia y la sierra de Lihué-Calel, costearon ésta poco más de una legua hasta enfrentar una escabrosa gruta.

—Aquí es — dijo Juan. Se apearon y Luis entregó las riendas de su caballo al peón para internarse en la caverna. Los rayos del sol de enero se abrían paso por

entre las rendijas de las piedras y disipaban un tanto la oscuridad que reinaba. En un rincón descubrió a don Ciriaco tendido sobre unas mantas. Una constante fatiga le sofocaba al extremo de no permitirle casi hablar. El empeño por sacarlo de aquella caverna y llevarlo a la estancia fué inútil tarea para Luis. Observando que las intermitencias del pulso eran frecuentes, mandó con rapidez a Juan trajera del botiquín de la estancia algunas medicinas que juzgó conveniente para el caso. Unas horas después, la poción que le dió produjo algún alivio, la fatiga fué disminuyendo y el enfermo pudo expresarse con más facilidad.

Lo invitó para regresar a la estancia, pero don Ciriaco era obstinado cuando se enfermaba y rechazó enérgicamente el pedido de su patroncito, lamentando desde luego no poder complacerlo.

—Quiero morir aquí — le dijo con débil acento —, a usted le parecerá una manía, un capricho, como sé que piensan todos los que están enterados de que paso en este lugar muchos días encerrado sin ver a nadie... Qué quiere, Luisito, cada uno sabe sus cosas. Cuando me da esta descompostura, presiento que mi fin se acerca, y no quisiera que la muerte me sorprendiera lejos de mi sepultura.

—¿De modo que usted desea que se le entierre en este sitio? — le dijo Luis. Y sin esperar respuesta agregó:

—Me parece, que aún han de pasar muchos años antes

de que esta caverna sea su sepulcro. Vamos, no hable de morir cuando ya está mejor y mañana lo estará del todo.

Por toda respuesta, tomó el anciano una de las manos de Luis y oprimiéndola nerviosamente, le dijo con tristeza:

—Tengo miedo de que sea esta noche.

—Don Ciriaco, quite, por favor, de su cabeza esa idea, yo le aseguro que usted está bien, que la gravedad ya pasó.

Pero el enfermo insistió:

—No, yo sé que mi fin se acerca, y desearía antes confesar a usted un secreto que guardo hace cuarentisiete años.

—¡Cuarentisiete años! — repitió con el mayor asombro Luis.

—Sí, tenía tan sólo dieciocho, cuando cometí mi crimen.

—Por Dios, don Ciriaco — exclamó el estudiante, presa de un escalofrío. — ¿Para qué traer a la memoria faltas que ya el tiempo habrá borrado y perdonado?

—Sin embargo, le pido que me escuche y me juzgue después; mas no crea que mi crimen fué cometido con armas, no; maté con éste... Y llevó su descarnada mano al corazón.

—Con éste — insistió — que ha tenido valor de seguir latiendo a través de tantos años.

Aquí, la emoción apagó su voz; Luis no quiso inte-

rrumpirlo. Al cabo de un momento el anciano reanudó su confesión:

—Huérfano muy niño, me trajo a estos parajes un tío paterno; crecí bajo su tutela en hermandad con sus tres hijos. Mi niñez la pasé bien. No se me instruyó, pero se me enseñó a trabajar. Fuí el compañero de mi tío; por penosas y rudas que fueran las tareas, me tuvo siempre a su lado, sin que hubiera para mí otra recompensa que los ratos en que se me permitía jugar con mis primos. Así corrieron los años hasta que llegué a los dieciocho y mi prima Soledad a los dieciséis, y aún cuando nada mediaba entre ambos, fué operándose un cambio, sin saber por qué. Dejó ella de ir a esperarme por las tardes al palenque, como lo hacían sus hermanos Elvira y Pedro; a la menor broma que yo le daba, fingía enojo para tener luego el placer, al reconciliarnos, de tenderme su mano. Mi respuesta era retenérsela entre las mías el mayor tiempo posible, mientras nos prometíamos no enojarnos más. Pero un día, me mostré indiferente a su fingido enojo y en vez de buscarla para reconciliarnos, cual solía hacerlo, monté a caballo y no regresé hasta tarde de la noche. Vagué por estos desiertos inconsciente de lo que pasaba. ¿Por qué tomaba tan en serio los mañosos enfados de Soledad? ¡Ay! preciso era confesarme a mí mismo que sentía por ella un afecto muy distinto del que profesaba a su hermana Elvira. Pero, ¿ella me correspondía? ¿Acaso dándose cuenta de mi amor, se complacía en hacerme sufrir?

¡Cuántas dudas me atormentaban! ¡Cuántos lamentos confié al Pampero aquella tarde!

Cuando regresé, no quise llegar hasta el palenque, temeroso de interrumpir el sueño de mis tíos; desensillé en el corral y me disponía a recoger el recado para guardarlo en la ramada, cuando vi aparecer cerca de mí a Soledad.

—¿Vos levantada aún? — le dije.

—Sí — repuso confundida — estuvimos con cuidado ante tu demora, pero tata nos tranquilizó diciendo que estarías en lo de Ramírez y que seguramente comerías allí.

—Cierto — le dije, con el deseo de darle celos, al recordar que allá había dos muchachas de su edad, más o menos.

—Entonces — murmuró indecisa — ¿no querrás reconciliarte conmigo?

—Me has engañado tantas veces — le respondí con tristeza.

—¡Ay! Ciriaco, perdóname; yo no me enojaré más — exclamó ahogada en llanto, cubriéndose el rostro con el delantal.

Arrebatado, ciego de cariño, la estreché en mis brazos, y por primera vez besé a la mujer amada.

Apenas enjugó su llanto, le confesé mi amor. Mecidos en el columpio de castas promesas, nos sorprendieron las primeras luces del día. Pero nuestra felicidad fué bien pronto amargada por la vigilancia constante de mi tía

que advirtió nuestro cariño; y una tarde, convencida ya de que nos amábamos, castigó con severas reprimendas a Soledad, y yo fuí despedido inmediatamente por su padre con las frases más duras, de aquel hogar, que consideraba como mío.

Entré de peón en lo de Ramírez, cuya estancia no distaba más de cuatro leguas de la de mi tío, y como ambos eran viejos amigos, me vi obligado a enterar a mi nuevo patrón del motivo de mi despedida. Generosamente se ofreció él para intervenir en mi favor, pero fué inútil empeño; no sólo no accedió mi tío al pedido de su amigo, sino que prohibió terminantemente que me acercara a su casa, orden que no obedecí, pues convenidos con mi novia, acudíamos los domingos por la noche a esta gruta, después que sus padres se entregaban al reposo; su casa quedaba a unas veinte cuadras de aquí.

El mundo de ilusiones que forjaba nuestro cariño, no preveía las funestas consecuencias que podrían sobrevenirnos si llegábamos a ser sorprendidos, por el contrario, cada cita era un eslabón de seguridad para la cadena de amor que nos unía.

Si lloraba ella lamentando la terquedad de sus padres, yo la consolaba, seguro de que al fin cederían y nuestra unión se realizaría con su consentimiento. Disipada así esa nube de tristeza, regresaba a su hogar contenta y animosa.

Los meses se sucedieron, y el invierno se presentó inclemente con noches glaciales, que hacían penosas y difí-

ciles nuestras entrevistas. Para ella lo eran doblemente por el temor de ser sorprendida por sus padres al acudir a cada una, mas si yo intentaba disminuirlas hasta que menguaran los fríos, se tornaba triste, llorosa y me acusaba de inconstante.

Un domingo de junio, a pesar de amenazar lluvia y de haber convenido repetidas veces, no acudir a la entrevista, cuando el tiempo fuera malo, ninguno de los dos faltó a la hora de costumbre. ¿Qué espíritu maligno nos indujo a quebrantar nuestro propósito? Una hora tan sólo habríamos confiado a nuestro feliz idilio, cuando se desencadenó un fuerte huracán seguido de una lluvia torrencial, que nos obligó a pasar la noche guarecidos en el interior de esta gruta. Asustada, lloraba ella y oraba suplicando que su ausencia no fuera advertida en la casa; en tanto que yo con tiernas frases procuraba calmar sus nervios. Rendida, al fin, apoyó su cabeza sobre mi hombro y se adormeció. Silencioso vigilé su sueño, mientras me atormentaban los más tristes pensamientos. ¿Qué iba a ser de mi adorada Soledad, si sus padres descubrían nuestras citas? ¿A qué suplicio la condenarían? En la seguridad de que nuestro inocente amor sería juzgado con torpeza, me inducía la idea de retenerla a mi lado, y pedir a Ramírez que nos acompañara a General Acha y casarnos allí con la venia del juez. Cuando despertó le expresé este propósito, pero ella, temerosa, no se atrevió a dar ese paso; la dejé entonces partir... ¡Necio de mí! ¿Por qué no la retuve con la autoridad de mi cariño?

¿Por qué la dejé partir aquella mañana para perderla para siempre? ¡Ay! es que el exceso de mi amor no me permitía contrariar su más leve deseo, ¡y ese fué mi crimen!

Un copioso llanto ahogó de nuevo su relato. Cuando logró serenarse, con voz lastimera agregó:

—Mi Soledad, víctima de una pulmonía fulminante, murió al siguiente domingo de nuestra entrevista.

Efectuado su entierro, fuí esa misma noche, robé sus despojos, y los sepulté aquí, para tenerla conmigo — y le enseñó una pequeña cruz de piedra, en un rincón de la caverna, que Luis no había advertido. "Ahí, a su lado, pido que se me entierre", dijo con acento grave don Ciriaco al terminar el relato de su triste historia.

Luis lo tranquilizó prometiéndole que su deseo sería cumplido.

Unos días después, ya restablecido y reanudada su tarea de mayordomo, murió de un síncope.

Al cumplir Luis la última voluntad de don Ciriaco, pensó que Lihué-Calel, o sierra de vida, fué para aquellas dos almas, sierra de muerte.

EL CACIQUE APOCHEHUÉ

REFIERE una curiosa leyenda, repetida por más de un siglo entre los antiguos moradores de Bariloche (1), que los indios Poyas (tribu que habitaba aquella región en 1680) tenía entre el ritual de sus creencias, la de pasar en vela la noche del 15 de Diciembre, porque esperaban ver descender una nube blanca, que en suave balanceo bajaba desde el Cielo hasta la toldería de Apochehué (2), cacique famoso por su bravura, a quien su tribu respetaba con temor. Sólo aplacaba sus iras, Quichí, su hija predilecta, de 10 años. Por iracundo que estuviera, ella lograba tranquilizarlo con sus caricias. De este modo la toldería consideraba a la indiecita como su protectora y en reconocimiento y veneración la llamaban Quichí-dea (3).

---

(1) Bariloche, corregida de Buriloche, nombre éste que dieron los indios Poyas a este paso secreto, y que significa, camino que tiene a su espalda una toldería de indios.

(2) Apochehué, mandatario o gobernador, en araucano.

(3) Quichí-dea, pequeña diosa.

Cierto día, visitó a la tribu el jesuíta misionero R. P. Juan José Guillermo, quien procuró desde el primer momento atraerse la simpatía del cacique; difícil pretensión, dado el temperamento desconfiado de Apochehué. Desconcertado regresó el religioso a la misión, que había establecido a orillas del sur del lago Nahuel Huapí, a pocas leguas de los Poyas; más enterado luego, por un indio de la misma tribu, de la eficaz influencia que tenía Quichí sobre su padre, insistió en su visita y esta vez logró el éxito que deseaba con la ayuda de la buena indiecita, pues no sólo consiguió que le permitiera el cacique instruir a los indios en la religión, sino también socorrer a la misión con algunos alimentos de pescado y legumbres que tenían ellos almacenados.

La inteligencia de Quichí, hermanada con su bondad, hizo que el misionero encontrara en ella su más eficaz colaboradora (4).

Pero quiso la fatalidad que aquella armonía entre los religiosos y los Poyas, fuera quebrantada a raíz de haber

(4) En las memorias que dejara el R. P. Guillermo, dice refiriéndose a los indios Poyas: "He hallado, entre estos salvajes una indiecita de poco más de diez años, hija del cacique de la tribu, su inteligencia me pasma, en cuatro meses ha aprendido a leer y sabe ya de memoria el catecismo. Por las tardes suelo hallarla rodeada de los pequeños indios enseñándoles a leer y a rezar, con admirable paciencia. La toldería la llama Quichídea (pequeña diosa, en su lengua). Yo la llamaría pequeño ángel". Memoria fechada el 12 de Septiembre de 1715.

descubierto el padre Guillermo, advertido por un veterano español, un paso secreto que tenían los indios desde el lago Reloncavi (en Chile) hasta su ranchería, distancia de más de treinta leguas y que recorrían en sólo tres días, en vez de ocho y diez que necesitaban por el camino ordinario los misioneros.

Al enterarse el cacique, que el R. P. Guillermo estaba en el secreto de aquel paso y que lo utilizaría también para su misión, se irritó tanto, que sólo pensó en la venganza, temoroso de que por allí entraran los españoles y cometieran sus maloquerías. Consecuente con su siniestro pensamiento, en la tarde del 15 de diciembre de 1715, cuando el infatigable misionero se hallaba en medio de los indios instruyéndolos, se acercó el cacique y con velada hipocresía, le saludó cortésmente, ofreciéndole, con sus propias manos un vaso de chicha, preparada con enérgico veneno.

El infortunado religioso, se desplomó sin vida, a poco rato de ingerir la bebida, causando su muerte gran alarma entre los indios, la que llegó al colmo, cuando Quichí, presa de horribles convulsiones, cayó también muerta a los pies del cacique.

¡La inocente criatura, muy afecta a la chicha, bebió sin que su padre lo advirtiera el sobrante que quedó en el vaso del misionero!

Aquel golpe, no pudo causar mayor estrago en el alma de Apochehué. Desesperado, exhalando lastimosos alaridos huyó por esos desiertos, sordo a la voz de mu-

chos de sus súbditos que le seguían empeñados en tranquilizarle.

En tanto, el resto de la toldería, después de entregar el cadáver del R. P. Guillermo a sus compañeros de la misión, cubrieron con sus mejores ofrendas el de Quichí, para darle sepultura pasado tres días, según sus costumbres.

Degenerada en locura la inconsolable pena de Apochehué, inculcó a su tribu la creencia de que el alma de Quichí-dea, descendería desde el Cielo envuelta en una nube blanca, en las noches del aniversario de su muerte, para traer la buena suerte a la tribu y alejar en cambio, el pillan (malos espíritus).

Sugestionados por esta creencia, fueron varias las generaciones de los Poyas que vieron descender, hasta su toldería, aquella nube blanca en las noches del 15 de Diciembre.

UNA LEYENDA DE LAS TERMAS DE COPAHUÉ

VENCIDO y muerto el temido cacique Copahué (1), su hijo mayor tomó la dirección de la tribu, reducida a la mitad, después de la sangrienta derrota. Con el propósito de rehacerla y dar ánimo a los desconcertados, decidió abandonar Chile y sentar su toldería del otro lado de la Cordillera, en los famosos valles del Domuyo (2). El nuevo cacique heredó con el nombre de su padre también su decidido arrojo, estimulado éste por la influencia que ejerciera sobre él una hechicera. Refiere la leyenda que al dejar Chile, en su travesía por los Andes, descubrió

(1) Copahué: Fué un bravo cacique chileno que en 1380, según el historiador indígena Pué, llegó a ser jefe de los araucanos después de triunfar en varias batallas; pero su despotismo con los cautivos le creó numerosos enemigos, los que, unidos, lo atacaron, siendo vencido en los valles de Llai-Llay (Chile). Sus restos fueron enterrados en una montaña que lleva su nombre.

(2) Domuyo: Cerro muy elevado en el territorio de Neuquén, próximo al volcán de Copahué. Sus valles fueron famosos por lo fértiles y abundantes en frutas silvestres. Los indios lo denominaron Domuyo (hundirse), porque existen numerosos sumideros en su cumbre.

en la cumbre de una montaña, al abrigo de una casucha de piedra, a una joven ocupada en el cocimiento de hierbas. Llevado de su curiosidad, se llegó a ella con el mañoso pretexto de preguntarle cuál era el sendero más directo para arribar a su destino.

La respuesta fué breve, mas la belleza de la serrana y su don cautivador apresaron al viajero. En vano la tribu, acampada a la intemperie, lo reclamaba impaciente. Él no era dueño ya de su voluntad: una invencible atracción lo detenía. De pronto reanima su espíritu viril, y encarando a la hechicera le dice:

—Este pecho fuerte y valeroso ¿por qué se siente débil en tu presencia? ¿Acaso tu amor lo aprisiona?

Ella le miró fijo, y al cabo respondió:

—Vete, pero lleva siempre contigo este manojo de jaramago, amuleto que te dará mayor valor del que posees, y cuando hayas ganado la primera batalla contra los que ataquen tu toldería vuelve a mí.

Obediente a esta indicación, descendió la montaña y fué a instalar su fortín al pie del citado cerro.

La profecía de la serrana no tardó en cumplirse: Copahué se vió atacado por numerosos enemigos, a los cuales venció su intrepidez. Ebrio de orgullo con el triunfo, sólo pensó en escalar nuevamente los Andes para reclamar la promesa a su amor; desoyendo en tanto los consejos de los veteranos de su tribu, que se oponían a ese viaje, advirtiendo a su jefe que no desdeñara las flores del llano por las de la montaña, acaso esa elección irritara a sus dio-

ses y se vengaran con un cruel castigo. Pero el joven cacique fué sordo a estas reflexiones; seducido por los encantos de la cordillerana, partió en su busca.

Meses después, mientras "chaskis" y viajeros de aquella zona lamentaban la pérdida de la maga de su buen sino, ella, feliz, en compañía de su elegido, y seguida de un indio cargado con el saco de hierbas que empleaba para sus hechizos, llegaba a los valles del Domuyo. ¡Su triste fin le aguardaba allí!

La ausencia de Copahué había traído serios disturbios entre sus súbditos, y algunos hasta pretendieron desconocer su autoridad, y menos aun someterse a la voluntad de una bruja, cual calificaron a la hechicera, llamándola "Pirepillan" (nieve del diablo). Reñidas luchas se entablaron con este motivo entre los leales y rebeldes al cacique, favoreciendo la victoria a los primeros, a pesar de ser mayor el número de los contrarios. Los alucinados atribuyeron el éxito de esos triunfos a la influencia de los amuletos de Pirepillan, y en reconocimiento celebraron grandes festines en su honor, brindando con los brebajes preparados por ella con yuyos andinos.

Copahué disfrutó por algún tiempo del prestigio de sus victorias; pero, al igual que su padre, soberbio y cruel con los enemigos cautivos, hubo de pagar un día las consecuencias de su fiereza. Varios caciques aliados lo atacaron, siendo rendido, herido de muerte y dispersada su toldería. Al caer la noche de aquel desventurado día para los moradores del Domuyo, agazapada por entre los

peñascos, Pirepillan, acompañada del más fiel de sus súbditos, llegó hasta el lugar donde yacía agonizando su amor. Vencida por el pesar, cayó a sus pies y le amortajó con sus caricias; luego, exponiéndose a torturosa muerte si la sorprendían los enemigos, cargó con el difunto, auxiliada por el indio que la acompañaba. Con la mayor rapidez realizaron la penosa jornada, y al aclarar el nuevo día se hallaron reunidos con los pocos que permanecían adictos al cacique, y que aun aguardaban su regreso, refugiados en un cerro próximo al que habitaran.

Pero al convencerse de la realidad, exaltados unos, arrebataron el cadáver para darle sepultura; otros, ciegos de ira e inducidos por el fanatismo, acusaron de traición a los amuletos de la hechicera, condenándola en seguida al sacrificio de la muerte lanceada (3), sentencia que ejecutaron, inclementes a sus lágrimas y súplicas. La infeliz, en los estertores de su agonía, no cesaba de llamar a Copahué, mientras sus verdugos cavaban apresurados una profunda fosa para arrojarla lejos de su vista. Pero cuando creían dar término a la enconosa tarea, fueron bañados de improviso por chorros de agua hirviente, emanados de entre los peñascos donde cavaban. Al angustioso grito de "quethalcó" (agua caliente), huyeron asus-

(3) Condenaban a la muerte lanceada al que acusaban de traición. Para ejecutarla colocaban a la víctima colgada de un palo alto y luego era lanceada por sus verdugos hasta que agonizaba.

tados, atribuyendo esa sorpresa a un castigo de Copahué, cuyo espíritu había respondido al llamado de la víctima.

La precipitada huída puso en alarma a las tolderías vecinas, quienes, consecuentes con las creencias de su rito, no cruzaron desde entonces los valles de aquel cerro, que denominaron de Copahué, sin llevar consigo una piedra verde (4), la cual consideraban invulnerable contra el acecho de los malos espíritus.

Así nacieron, según la leyenda, estas famosas termas, que, pese a los siglos, continúan vengando la despiadada muerte de Pirepillan...

(4) Los indios, a pesar de su paganismo, creían en la existencia de un purgatorio y pretendían pagar o rescatar a sus muertos con una piedra verde que hallaban en la montaña, a la cual tenían por milagrosa y le daban gran valor. Denominaban a esta piedra "llanalhué" (algo de la otra vida)

EL PAÍS DEL DIABLO

POR algunos años denominaron los indígenas del sur de la Patagonia con el nombre de "Huecuvu-mapu" (País del Diablo, en el dialecto de los tehuelches) a la campiña que rodeaba al volcán hoy llamado Fitz Roy.

"Huecuvu-mapu" respondía a la convicción de que quien llegaba a sus valles perdía la memoria, al punto de extraviarse, porque un suave viento que soplaba constantemente emanado del volcán enervaba los sentidos (1). De este modo llegó a ser terror de los indios ese paraje que obraba tan mágicamente sobre la voluntad humana.

---

(1) Se cree de este volcán, por muchos años en erupción, que las miasmas de su lava producían cierto hipnotismo. Los indios temían acercarse a él porque perdían la memoria y aseguraban que quien se dormía en sus proximidades, sin previo alimento, no despertaba hasta el cambio de luna nueva. (De las memorias del padre Nicolás Mascardi, de la Compañía de Jesús, apóstol de las Indias del Chiloé en 1650).

Enterada de la existencia de aquel lugar prodigioso, una joven chilena, de origen español, a la que consumía una desilusión amorosa, mandó cierto día a su esclavo de confianza que la condujera allí, con la esperanza de olvidar su pasión. Obediente a la voluntad de su ama, la acompañó el fiel servidor en el penoso viaje, a lomo de mula. Al aproximarse al País del Diablo, María de las Nieves, nombre de la niña, llevada de sus buenos sentimientos, pidió a su esclavo que se alejara, para librarle del encantamiento, orden que él desobedeció, temeroso de la suerte de su amita; y en esta lidia de ordenar y desobedecer fueron ambos, de pronto, alcanzados por el viento embriagador, que los hizo su presa. Inconscientes ya de cuanto les rodeaba, lejos de intentar huir, eran atraídos suavemente por la traicionera brisa hacia las proximidades del volcán. Habitaron una caverna, construída, acaso maquinalmente, por los primeros extraviados, y se alimentaron de las aves silvestres y apetitosas frutas que abundaban en el valle (2).

En aquel desierto vivieron ignorados no se sabe cuánto tiempo, hasta que el desbordamiento de varios ríos que rodeaban al volcán inundó un día sus campiñas, y la impetuosa corriente los transportó a otro lugar, donde

(2) El "trenten", arbusto que da una especie de uva dulce muy apetecida por los indios. El "leyngas", árbol que crece al pie de la cordillera: su fruto es parecido a la bellota del roble y constituía uno de los alimentos principales de los indios.

recobraron la memoria. Cual si despertaran de un sueño, emprendieron de inmediato el regreso a Chile; pero sorprendidos por la tribu Pol-Cura, que habitaba aquellas regiones, y prendado el cacique del rostro de María de las Nieves, la hizo conducir a su toldería, y tras las ceremonias que practicaban para albergar a una cautiva, despachó al esclavo con la misión de decir a sus amos que si querían llevar a la joven deberían, a cambio de su rescate, llenar de haciendas sus extensos dominios. Partió el mensajero, enmudecido por el dolor, al dejar entre los salvajes a aquella delicada flor que sus ojos vieron nacer.

Día tras día esperaba la cautiva a su "tatita" que viniera a libertarla, pero una tarde un indio arriero trajo la triste noticia de que el negro esclavo había perecido entre los hielos de la cordillera antes de llegar a su destino.

Desconcertada la niña y perdida la esperanza de regresar a su hogar, procuró aclimatarse a la vida de los salvajes, en tanto que Pol-Cura, convencido ya de que los blancos no vendrían a reclamarla, y enamorado ciegamente de la bella chilena, decidió hacerla su esposa, boda que realizó con gran festín.

Huinca-meillen (joven cristiana) le llamaron en la toldería, y la envidia y celos que despertó en las otras esposas del cacique los disipó su trato afectuoso, conquistándose la estima de toda la tribu, que vió en ella la mediadora prudente para apaciguar las riñas que se pro-

ducían frecuentemente en sus fiestas, a consecuencia del exceso de chicha que bebían.

Los años corrieron, y con ellos los dominios de Pol-Cura se extendieron hasta las proximidades del río Santa Cruz; María de las Nieves era, a su vez, reina de aquellos dominios, jerarquía que hubiera desdeñado complacida a cambio del retorno a su amado hogar; pero sabía que la menor sospecha de infidelidad para la tribu era vengada con torturosa muerte.

A principios del año 1746, la toldería de Pol-Cura fué azotada por una enfermedad que la diezmaba; consecuentes con la costumbre de sus antepasados, en abandonar el lugar donde los atacaba una peste, los componentes de la tribu huyeron al Norte, instalándose a orillas de un gran lago salitroso, paraje que ellos juzgaron sano, denominándolo "Chilcó" por la abundancia de esa hierba medicinal que lo rodeaba. Mas a pesar de la huída, muchos de los indios fueron alcanzados por la epidemia y aun al mismo Pol-Cura. En vano agotaron los curanderos los remedios más enérgicos para salvarlo. Muerto el cacique, se reunieron los veteranos de la tribu para elegir al que debía reemplazarlo y disponer las ceremonias del entierro. Consistían éstas en ataviar el cuerpo del difunto con la mejor de sus vestimentas, colocarlo en seguida en el sepulcro juntamente con sus prendas; luego preparaban una fosa a cada lado de su tumba, las que debían encerrar los cadáveres de las dos esposas preferidas, quienes eran ejecutadas al tercer día de su fallecimiento, para que si-

guieran, según sus ritos, acompañándole en la otra vida. Este sacrificio, precedido de gran festín por la tribu, lo aceptaban ellas con satisfacción, llevadas de su fanatismo; pero en este caso correspondió ser una de las víctimas a la joven cautiva, quien al oír su sentencia suplicó, con infinita tristeza, al lenguaraz de la tribu que ella no aceptaba esa muerte porque era cristiana, y aguzando su ingenio para salvarse, predijo que la ejecución de su muerte les traería desgracias. Los supersticiosos tehuelches temían mucho a la amenaza de un castigo y fiel a ese temor se reunieron en conciliábulo los superiores de la toldería para resolver cuál de las otras esposas debía reemplazar a Huinca-meillen, en tanto afuera la indiada reclamaba impaciente que se comenzaran las fiestas preliminares de la ejecución. Y en estas ansias de muerte y holgorio cerraba la noche del 17 de febrero del citado año para la toldería de Pol-Cura, cuando de pronto toda se conmovió al oír el penetrante silbido de un guardián que anunciaba peligro, confirmándolo la súbita llegada de otros que comunicaron al nuevo cacique la invasión de sus dominios por los cristianos. Esa misma noche se dispuso abandonar el lago y con las primeras luces del nuevo día emprendieron la marcha rumbo a la Cordillera. ¡Precipitada huída que tuvo la virtud de indultar la vida a la sentenciada, al interrumpir las ceremonias de las exequias del cacique!

Bajo los rayos de un sol abrasador llegaron pocos días después, hasta las orillas del lago Chilcó, el R. Padre

Cardiel ([3]) y sus acompañantes. En la desierta tapera de Pol-Cura sólo hallaron un perrito blanco, que, fiel al cariño de su amo, le custodiaba el sepulcro.

([3]) El 5 de diciembre de 1745, por orden de la Corte de España, emprendieron viaje a la Bahía de San Julián los P. P. de la C. de Jesús, Strobl, Quiroga y Cardiel. Este último, acaso el más valeroso de los expedicionarios, marchaba adelante con su cruz de bronce al pecho y un báculo en la mano, abriéndose paso entre los espinosos senderos, en busca de indios para redimir, llegando hasta el lago Chilcó, hoy Cardiel.

Esta misión, que duró 4 meses, inició su regreso al puerto de B. Aires el 1º de marzo, colocando ese día, antes de partir, una gran cruz de madera en la Bahía de San Julián, con la siguiente inscripción: "Reinado de Fhelipe Vº, año de 1746".

LA CAUTIVA MARÍA

EL viento húmedo y frío producido por el deshielo de la cordillera en aquellas tardes grisáceas de Marzo, contribuía a aumentar la tristeza que embargaba a la hermosa María, joven cautiva de los indios Pincheyra (1).

Condolido sin duda el cacique por la pena de la niña, la retenía constantemente a su lado, imponiéndole, para distraerla, la tarea de moler maíz (2), la que ella realizaba en el mayor mutismo, regando, muchas veces, con sus lágrimas la harina que obtenía de ese muele.

El cacique sabía que su cautiva preferida, a pesar de

---

(1) Los indios Pincheyra habitaron el valle de Palauquén, en la Patagonia. En 1829 dieron un gran malón al sur de la provincia de Buenos Aires, en el que hicieron cautivas a centenares de mujeres y niños, matando en cambio a numerosos hombres.

(2) Los indios aguzando su ingenio ahuecaban una piedra, de cierto tamaño, y utilizándola a modo de mortero, pisaban en ella el maíz para obtener la harina que empleaban para la mayoría de sus alimentos.

llevar tres años en su tribu no se aclimataba y que ahora ahondaba su pesar la reciente muerte de su madre, duelo que amenazaba aniquilar su bello físico de quince años; por eso se esforzaba en consolarla, brindándole su compañía, sus cantos, bailes y otras fiestas, que ella desdeñaba enojosa.

Ñancú, el indio más anciano de la toldería, temeroso de la venganza que pudiera tomar el cacique a esos desaires, se propuso libertar a María, no sin exponer la vida, si llegaba a descubrirse su infidelidad; pero él sentía paternal cariño por aquella delicada criatura, que semejaba una aparición, con su dorada cabellera y sus ojos azules, entre los cobrizos rostros de los salvajes.

Ñancú, después de aleccionar a su protegida sobre el rumbo que debería seguir, guiada por el indio que estimaba de su mayor confianza, mezcló a la "chicha" que acostumbraban tomar el cacique y los mayores de la toldería una infusión de hojas de "calcú", bebida que proporcionaba un profundo sueño, del cual no se despertaba hasta pasadas varias horas, prolongándose luego una inconsciente soñolencia por algunos días. Para no despertar sospechas bebió también él la chicha adulterada, en compañía del cacique y de los veteranos de la toldería. El efecto no tardó en producirse; y esa misma noche, confiada María en el pesado sueño de sus guardianes, abandonó sigilosamente la tribu, acompañada del indio que le indicara su protector y de Petrona la fiel servidora que fué cautiva con ella y su madre. Envueltas

ambas en abrigadas mantas y llevando algunos alimentos, siguieron a su guía rumbo a la cordillera. Tras una prolongada marcha se guarecieron en una casucha de arrieros; allí aguardaron a que María se repusiera de una constante fatiga que la postró. La emoción de la huída y el ansia de regresar al hogar para reunirse con su padre y su único hermano, excitaban sus nervios. ¡La infeliz ignoraba que ambos habían perdido la vida por defenderlas en el malón de los indios!

Los días se sucedieron y la afección de la enferma, lejos de disminuir, aumentó favorecida por el frío y la escasez de alimentos; y una tarde, mientras Petrona, con alentadoras frases, se empeñaba en reanimar su ánimo desfalleciente, le sobrevino un tenaz acceso de tos y con él exhaló María su último suspiro. ¡Extraña coincidencia! Aquel mismo día sus compañeras de cautiverio fueron libertadas (3).

El indio que la siguió en su huída, cavó su tumba allí entre los peñascos de los Andes, y en una piedra que colocó a la cabecera del sepulcro grabó con signos las siguientes frases: "María, antú-huenú" (María, sol del cielo). Leyenda ésta que sorprendió a muchos viajeros, ignorando en su mayoría, el significado de ella.

---

(3) En un gran combate que tuvieron los cristianos con los indios Pincheyra (26 de abril de 1832) lograron libertar a más de dos mil mujeres y centenares de niños; la mayoría de ellos habían sido cautivos en el malón que dieron aquéllos el año 1829.

UNA LEYENDA DEL LAGO SAN MARTÍN

LOS indígenas vecinos del gran lago San Martín [1], en Santa Cruz, se resistieron por largo tiempo al cambio de su nombre, conocido por sus tribus anteriores con el de Misterioso, nombre éste que respondía a una tradición de varios siglos. Cuenta ella que aquel lago fué escenario de un desgraciado idilio que tuvo por consecuencia el desbande de una laboriosa tribu araucana, que habitaba la margen izquierda del lago.

Su cacique llamado Llanquihué (misterioso) tuvo el infortunio de enamorarse de una joven india, que llegó a sus dominios en una comitiva que enviara un cacique del norte, en busca de una famosa planta conocida sólo allí, a orillas del lago y cuyas raíces tenían la virtud de mitigar la fiebre más rebelde.

---

(1) El doctor Francisco P. Moreno, en su viaje de explorador a la Patagonia, visitó varios lagos de esa región, entre ellos al Misterioso el 27 de Febrero de 1879, exclamando al contemplarlo: "Llamémosle lago San Martín, pues sus aguas bañan la maciza base de los Andes, único pedestal digno de soportar la figura heroica del gran guerrero".

El joven cacique Llanquihué, tras la reciente muerte de su padre, tomaba la dirección de la tribu, y como aun no había elegido de entre las indias que le pertenecían como esposas a su preferida (2), prendado de la viajera que pisaba su heredad, no vaciló en elegirla, elección que motivó desagrado en la tribu, al par que implicaba una violación a las leyes de sus antepasados que prohibía, escogerla en otra tribu. Pero la pasión del cacique, más fuerte que el amor a sus deberes de gobernante, le hizo sordo a las reflexiones de los veteranos de la toldería quienes le pronosticaron el enfado de los dioses por aquella infidelidad. Mas él, engolfado en su poderío y amor, arengó a la tribu en una mañana de Enero de 1532, diciéndola: que como autoridad suprema de sus dominios, tenía derecho de tomar por compañera aquella que más le enamorara, y en este caso era la bella huésped, a quien llamaría en adelante Rayen (flor) y que ellos sumisos a su voluntad se aprestaran a festejar su boda que realizaría ese mismo día con grandes fiestas. Horas más tarde, la luna en todo su esplendor iluminaba la toldería de Llanquihué, que rebosante de alegría, bailaba, cantaba y bebía en honor de los desposados.

(2) Llamaban "preferida" a la india que el cacique distinguía de entre las varias que le pertenecían como esposa; ésta era la única que participaba de las reuniones secretas que él tenía con otros caciques, la que estaba a su lado en las ceremonias y la que debía acompañarlo cuando le amenazaba algún peligro.

El cacique, cumpliendo una de las principales disposiciones del rito, caminaba lentamente del brazo de su preferida, envueltos ambos en el mismo manto blanco adornado de brillantes pedrerías, escoltados por varias indias ataviadas con sus trajes de fiesta, confeccionados con plumas de vivos colores; en tanto que los dos indios más ancianos de la tribu, les aguardaban sentados en poético sitio a orillas del lago, para ser testigos del juramento que el desposado debía hacer a los dioses de la Luna, del Agua y del Sol. Para el último debía aguardar la aparición de sus primeros rayos en el horizonte. Pero esta ceremonia, sin llegar a su término, fué de pronto interrumpida por una densa neblina, que sumió todo en completa oscuridad. La montaña despedía bocanadas de espeso humo con miasmas pestíferas y estampidos atronadores.

¡Nagalhué! ¡Nagalhué! (baja el diablo), gritó la toldería, seguros de que aquella catástrofe era el castigo de los dioses (3) irritados por la desobediencia de su cacique; y asustados, huyeron sin rumbo, cada grupo por distinto camino.

La erupción volcánica duró varios días, al cabo renació la calma. Las cenizas que arrojara el Pana, cubrieron

---

(3) Las erupciones volcánicas causaban pánico a los indios, tenían la creencia que los espíritus malos, que moraban dentro de la montaña, salían en esta oportunidad, enviados por los dioses, para castigarlos con la muerte.

con espesa alfombra las márgenes del lago, cuyas aguas volvieron a caldearse con el sol de Enero; mas no volvieron ya a sumergirse en ellas las beldades indias de la toldería de Llanquihué. La desolada tapera guardó por años, como testimonio del ingenio de aquella tribu, utensilios y mantas que abandonaron en su repentina huída, sin que ninguno osara volver por ellos, convencidos de que su ausencia calmaría la ira de los dioses.

Viajeros de otras tribus, que atravesaron luego estas comarcas, alucinados, sin duda, por el recuerdo de aquel infausto idilio, aseguraron ver en las noches de luna, los espectros de Llanquihué y Rayen envueltos en el manto nupcial caminar lentamente a orillas del lago.

Este argumento confirmó el nombre de Misterioso, que ya daban algunos indios al lago, en memoria del infortunado cacique.

SE SACAN MUELAS Y SE APLICAN SANGUIJUELAS

UNA semana tan sólo había sucedido al día en que Juanillo desembarcara en América, en esta Buenos Aires que tantas lágrimas le había costado para llegar a ella, porque fué ardua tarea convencer a su madre que le dejara partir, y sin embargo, ya en casa de su tío Manuel empezaban a reprocharle la demora en encontrar trabajo.

Una mañana, molestado por el constante sermón, tomó su gorra y con el optimismo de sus dieciséis años les dijo: —Anda, que hoy he de encontrar ocupación, no me esperéis a almorzar ni a merendar, sólo vendré a dormir. — Y antes que sus tíos se enteraran a dónde iba, se echó a la calle. Con paso ligero anduvo varias cuadras hasta enfrentar una farmacia, en cuya vidriera se leía el siguiente aviso: "Se precisa muchacho mandadero". Juanillo, venciendo su timidez, salvó el umbral y gorra en mano saludó cortésmente al dependiente, explicando en seguida el motivo de su presencia. — ¿Conoces tú las calles de esta ciudad? — le preguntó el dependiente. La franca respuesta de Juanillo le cerró la puerta. Nuevamente siguió caminando y como en varios negocios en-

contrara, con pocas variantes, el mismo aviso que exhibía la farmacia, no se atrevió a entrar; mas cuando se aproximó mediodía y su estómago le reclamó el almuerzo, se dijo: El primer aviso que vea pidiendo un mandadero, me presento, que ya para los recados me las arreglaré. ¡Bien decía el tío Jaime, cuando regresó de América, allí el que es listo la hace en poco tiempo! ¡Como que él volvió rico y casi hecho un doctor, con sólo haber sido cuatro años portero de un famoso médico! ¡Oh!, yo también seré listo; y así imbuído en estas halagüeñas reflexiones, avanzaba rápido por la calle Europa (hoy Carlos Calvo) cuando de pronto se encontró frente a un pequeño cartel que decía: "Se necesita aprendiz" y luego leyó el gran letrero del negocio: "Peluquería y Barbería. Se sacan muelas y se aplican sanguijuelas".

Juanillo, esta vez no titubeó y con ánimo resuelto penetró en el negocio.

Su audaz mentira, al responder a don Próspero, dueño de la peluquería, que era un aventajado aprendiz, le valió la confianza que aquél le dispensó en seguida, y así, previo almuerzo que le hizo servir en una fonda vecina, lo dejó encargado de la casa, mientras él se ausentó por unas horas que le reclamaba un asunto de urgencia.

Un íntimo regocijo embargó a Juanillo al considerar la distinción que le hacía su primer patrón en América, y ansioso de corresponder a esa distinción, empezó a examinar tijeras y navajas, dispuesto a utilizarlas con el

primer cliente que se presentara, y empezaba ya a inquietarle la ausencia de éstos, cuando llegó un paisano, quien después de atar su caballo en un poste colocado en la acera, penetró en la peluquería y preguntó por don Próspero, respondiéndole Juanillo que una diligencia le retendría un rato fuera de casa, pero que él estaba allí para reemplazarlo. El confiado paisano que había pasado la noche en vela, a causa de un persistente dolor de muelas, se resolvió en el acto para que le extrajera la mala. Fuera que la muela estaba muy floja, o accidente casual, el caso fué que con gran asombro del paciente y del improvisado dentista, la extrajo al primer tirón que le dió, auxiliado con una tenaza. Mareado con su triunfo Juanillo, y creyendo, en su ignorancia, que a la extracción seguía la aplicación de sanguijuelas, tomó tres de un frasco que contenía varias y se las aplicó en la mejilla, del lado que acababa de sacarle la muela.

Atemorizado el ingenuo paisano, por la abundante sangre que manaba de la reciente herida, y el efecto de las sanguijuelas, empezó entre lastimeros ayes a gritar: ¡Me muero, me muero! El oportuno regreso de don Próspero puso fin a esta escena, librando en seguida a su cliente de los anélidos, para luego interrogar con enérgico tono a su dependiente con qué autorización las había aplicado.

—Pues, mire usted, le respondió Juanillo con aire de satisfacción, no he hecho más que cumplir lo que anuncia en su letrero: "se sacan muelas y se aplican sanguijuelas".

MI PRIMER ENFERMO

CON mi flamante título de médico y el alma llena de pueriles esperanzas, partí para ocupar un puesto de médico de policía, "ad honorem", en un pueblito de La Pampa.

Los incautos camaradas que me vieron partir quedaron envidiando mi halagüeño porvenir.

Instalado con toda modestia, hube de esperar muchos días contemplando las hermosas puestas de sol pampeanas antes que se dignara algún enfermo estrenar mi reciente consultorio.

—Estos aires son muy saludables; no llegan hasta aquí los microbios patógenos, — me decía el boticario del pueblo ¡para animarme!

Por fin, fuí llamado en la mañana de un claro día para visitar mi primer enfermo.

De una chacra próxima al pueblo venían a buscarme con urgencia. Más que listo, emprendí el camino.

—Doctor — me dijo el italiano chacarero a mi llegada, — le he llamado a usted para que visite a un pobre

gallego que tomé de peón hace pocos días; es recién venido, no tiene familia en el país y está desesperado; cree que se muere lejos de los suyos. Hágame el favor de aliviarlo en lo posible.

Y me hizo pasar al humilde aposento del paciente.

Después de auscultarle, pude cerciorarme que la congestión pulmonar declinaba y, por lo tanto, la gravedad desaparecía.

Antes de recetar, quise conocer los grados de temperatura que acusaba su estado, pero ¡cuál no sería mi asombro ante la tenaz resistencia del enfermo al querer retirarle el termómetro!

—No me lo quite usted — me dijo en su marcado acento coruñés, — que el doctor don Paquito me lo dejó toda la noche cuando tuve una gran calentura en España, hace algunos años. No me lo quite, doctor.

Al oírle no pude menos que reír y, aguzada mi curiosidad, le pregunté:

—¿Cómo fué eso? Cuéntemelo.

—Sí, señor; tenía yo el cuerpo tan pesado como ahora y la fiebre no me dejaba descansar. Mi madre, no sabiendo ya más remedios caseros, fué en busca de don Paquito, el doctor más afamado en la aldea vecina. Después de oírme los pulmones, como usted acaba de hacerlo, me colocó ese aparatito bajo un brazo y se puso a recetar. Luego, sin decirme nada, salió con mis padres para explicarles mi estado y el modo de usar los medicamentos. A la mañana siguiente, volvió y al pregun-

tarme cómo había pasado la noche, le respondí: bastante bien, solamente que no había descansado lo suficiente, por el temor de romper el tubito que me había dejado bajo el brazo. Entonces me lo quitó, lo examinó a la luz y me dijo: "Pues mira, hijo, a pesar de la molestia que te ha ocasionado, te ha hecho mucho bien; déjalo otro momento mientras visito un enfermito acá a la vuelta..."

Comprendí que mi colega, el doctor Paquito, con audacia, salvó su distracción, y le dije, por no querer ser menos:

—Bueno, este aparatito es superior al que usaba don Paquito, y basta para producir su buen efecto con un momento que lo tenga usted.

L I T A

A mi esposo el doctor

Honorio P. Gómez Langenheim.

Corazón generoso y noble espíritu.

CON el grado de teniente partí en la primera movilización de conscriptos que destinó el gobierno a Curamalán (1).

A unas seis leguas aproximadamente del pueblo de Pigüé, cerca del arroyo Curamalán, se formó el campamento. El sitio era ameno y pintoresco; la naturaleza nos brindaba a cada paso cuadros de variante colorido, aun cuando pasaban desapercibidos para la mayoría de mis camaradas, que prefería disfrutar los días francos en las diversiones que les ofrecía el modesto pueblo de Pigüé mientras yo, insaciable en esas contemplaciones, recorría valles y sierras deleitándome en aquella paz que tanto armonizaba con mi espíritu.

Yo, que había vivido hasta entonces contraído a mis

(1) El 12 de abril de 1896 salió de Constitución el primer embarco de conscriptos, con destino a Curamalán, siendo comandante en jefe de la división Buenos Aires el general don Luis María Campos.

estudios, deslizándose mis veinte años con el único halago de mis brillantes exámenes, me sentía en esas soledades un romántico soñador: ya las hondonadas, las escarpadas sierras o el manso arroyo me transportaban al melancólico Musset y al inspirado Lamartine. Una tarde, cansado de vagar por esos valles, me guarecí en la espaciosa gruta de Curamalán (2) para entregarme a la lectura de uno de mis libros predilectos, cuando llegó a mis oídos el eco de una charla infantil, alegre y bulliciosa; pero, indolente en el cómodo asiento que me había abandonado y embargado por otra parte con la interesante lectura, no me venció la curiosidad. De repente la presencia de dos niños me sorprendió; sin advertirme entraron, pero así que me descubrieron abandonaron la gruta presurosos, repitiendo en alta voz: "¡No vengas Lita, que hay un conscripto!"

Movido por un impulso, no sé si de compasión al temor que les inspiré o si de impaciencia, al suponer que me consideraban un individuo peligroso, seguí tras ellos, pero me huían como si fuera una fiera. Por fin se detuvieron cuando llegaron donde estaba Lita con otro niño.

Yo me acerqué y los saludé afectuosamente con el

(2) Es una gruta natural que dista poco más de cinco leguas del pueblo de Pigüé; su entrada es muy espaciosa e imponente; es muy visitada por los turistas. Cerca de esta gruta, fueron sepultados los conscriptos que fallecieron durante esta maniobra que duró sólo dos meses.

deseo de borrar la mala impresión que les causara. Lita, confundida, respondió a mi saludo y, tan pronto como hubo contestado a dos preguntas que le hice, con disimulada prudencia quiso alejarse, pero yo, seducido por su sencillez y la hermosura de su rostro, la rogué que no se fuera sin informarme antes de algunos detalles que deesaba conocer de aquellos parajes. Complaciente a mi mañoso pretexto, se sentó rodeada de sus tres hermanitos, e ingenua y afable respondía con infantil confianza a mis continuas preguntas, reflejando en su serena mirada el candor de sus quince años.

Cansados los niños de mi conversación, se entregaron a sus juegos; sólo al más pequeño, soñoliento, retuvo ella sobre sus faldas. Como mis curiosas preguntas continuaron, supe que el diminutivo de Lita respondía a su nombre Adelita; que su padre era un laborioso agricultor al que la suerte había herido cruelmente arrebatándole la compañera, hacía un año; que una tía paterna secundaba a la buena madre, pero los mimosos niños reclamaban constantemente los solícitos cuidados de su única hermana.

—Para ellos, me dijo tristemente, soy yo la segunda madre, mientras acariciaba al pequeño dormido.

Silenciosos quedamos un momento...

—¿En qué piensa, Lita? — le dije al cabo, con fraternal acento.

—¡Ay!, siempre en ella; — y mirando al cielo, agregó: — Es tan triste, tan profundo el dolor que deja

el vacío de una madre, que nadie puede valorarlo sino cuando lo llora.

—Lita, perdone si mis importunas preguntas han renovado sus penas.

—No, señor — me respondió, tornándose compasiva a mi aflicción, — constantemente la recuerdo y la lloro.

—Contra la voluntad de Aquel que todo lo rige es en vano que nos quejemos; debe usted resignarse, hacer valor; así la orfandad de sus hermanitos será menos sensible y la viudez de su padre más llevadera.

—Por ellos lo sufro todo; si no, ya estaría en casa de mi abuelita que tanto me quiere.

—Pero, ¿y su padre? — la interrumpí.

—¿Mi padre? Lo perdí cuando apenas contaba unos meses. Pasados cuatro años de viudez, se casó nuevamente mi madre con el que es padre de mis hermanitos que adoro, y que si no fuera por ellos, repito, estaría con mi abuelita.

La comprendí tan buena como bella, y, dominado por un sentimiento de inmensa simpatía, la dije, suplicante:
—Lita, ¿quiere que desde hoy seamos buenos amigos, que conversemos aquí todas las tardes, mientras los niños juegan, y acaso mi compañía suavice en algo su dolor?

Mi miró con extrañeza y tras un breve silencio me respondió:

—Mamá me dijo muchas veces que los jóvenes de la ciudad saben fingir bien y que procuran conquistar

el afecto de las chicas campesinas para luego burlarse de su candidez; ¿será usted también así?

—No, Lita, yo no soy así. Acepte confiada mi amistad.

Quedó nuevamente por un instante indecisa, después me dijo:

—Bueno, yo también seré su amiga. — Y señalándome su humilde morada, allá en el declive de una loma, añadió: — Si alguna vez quiere visitarnos le recibiremos gustosos.

Le agradecí emocionado y continuamos conversando hasta que las primeras sombras de la noche nos separaron con la promesa de vernos en la tarde siguiente.

Pensativo, inapetente, regresé al campamento y una constante nerviosidad no me dejó conciliar el sueño aquella noche. Mi razón sucumbía bajo la embriaguez de ese afecto que se despertaba por primera vez en mi corazón. La dulce imagen de Lita, su inocencia y el suave acento de su voz arrullaron mi desvelo.

Con ansias aguardé la segunda entrevista, y puedo asegurar que con el mismo deseo y entusiasmo se repitieron las siguientes. Aquella criatura llegó a ocupar por entero mi corazón. Mi espíritu desbordaba de ese orgullo y satisfacción que se siente al poseer el cariño de una mujer hermosa, inocente y buena. Nuestras amenas confidencias se prolongaban largas horas, horas que me brindaron una felicidad nunca soñada.

Cuanto más trataba a Lita, mayor era el encanto y admiración que sentía por ella. Comparaba sus delica-

dos y elevados sentimientos con las silvestres flores que encontraba en el camino, que aun en medio de la aridez del terreno, sin que nadie las cuide, crecen gallardas, llenas de perfume y colorido.

¡Cuántas veces el exceso de mi felicidad me enmudecía! Entonces ella, mimosa y tierna, reclinaba su adorable cabeza sobre mi hombro y me preguntaba:

—¿Pero es verdad que me quieres mucho?

—Con toda el alma, mi vida.

Y esta frase se la repetía mil veces, porque estaba seguro de ello. Lita era mi primer amor, ella sería la compañera que compartiría los felices y amargos días de mi existencia. De regreso a casa comunicaría nuestro compromiso, y terminada mi carrera vendría a unirme para siempre con aquella criatura dueña de todo mi cariño. Así analizaba yo mis pensamientos en mis noches de desvelo. Y mecido en estas risueñas esperanzas, llegó el día en que el gobierno ordenó la vuelta de los conscriptos; pero tan segura era la fe de nuestro amor que no hubo entre nosotros aquellas escenas de desesperación y lágrimas que embargan comúnmente a los enamorados al separarse, no; nuestra despedida fué serena.

En la mañana de ese día, consecuente con mi deseo, me aguardó en el mismo sitio que la vi por primera vez. Sentada sobre una piedra, con un manojo de helechos en sus manos, que había juntado de entre las grietas de las sierras, me recibió.

—Sé cuánto te agradan éstos — me dijo, al entregár-

melos; luego agregó: — si ellos logran vivir en tu ciudad, te recordarán constantemente nuestro cariño, y que tu Lita ha de venir todas las tardes a este sitio para rememorar esta felicidad.

Al escucharla la abracé con ternura y mis besos enjugaron algunas lágrimas que en su emoción no pudo reprimir. Luego agregamos dos fechas más a las cifras indelebles que habíamos grabado en las musgosas piedras; una, señalaba ese día de mi partida; la otra, subrayada, quedaba aguardando mi retorno.

—Sé que eres bueno, que me quieres mucho, y esta seguridad estimulará mi valor durante tu ausencia — me dijo al estrecharla en mi último adiós.

La nostalgia y la tristeza que amenazaron embargarme al llegar a la Capital fué disipada con sus cartas, que, llenas de ternura y cariño, eran una continuación de nuestros felices días. Así corrieron dos meses, mas de pronto quedó interrumpida nuestra correspondencia. En vano luché para restablecerla; mi precaria situación de estudiante no me permitió hacer el largo viaje para cerciorarme de lo que ocurría y mi insensatez no había previsto el caso, no contaba allí con un amigo a quien pedirle noticias. Con la esperanza de que sólo fuera un contratiempo, esperé, pero los meses corrieron y con ellos mi ilusión y mi amor fueron apagándose. Redoblé mi afán al estudio y, convencido que las distracciones son un suave bálsamo para el alma enferma, logré al fin restablecer el sosiego en la mía.

Cuatro años habían corrido. Era yo médico de un hospital, agregado a una sala de cirugía, cuando una mañana que operábamos, advertí que un muchacho bajo la acción del cloroformo llamaba: ¡Lita! ¡Lita!

Aquel nombre pronunciado en esa atmósfera de dolor me conmovió y todo un pasado de felicidad desfiló por mi mente. Más tarde, enterado del número de cama que ocupaba, fuí a verlo; cuando me acerqué había pasado ya el malestar del anestésico y sólo se quejaba que le oprimían las vendas. Se las aflojé y luego le pregunté dónde era su residencia.

—Soy de Pigüé — me respondió.

—Dí — le dije entonces, reconociéndolo: — ¿No te acuerdas del teniente Suárez, que tantos caramelos te regalaba?

—¡Ah!, sí señor, ¿pero es usted ya médico?

—El mismo — asentí; pero, en ese momento otro enfermo reclamó mi atención y me alejé.

Al siguiente día estaba muy aliviado y pudimos conversar largo; mas, como nada me decía de Lita, yo me atreví a preguntarle, y me respondió con cierta tristeza:

—Se casó hace un año y se la llevó su esposo lejos de nosotros, a La Pampa.

Disimulada la dolorosa sorpresa que me causó la noticia, insistí en mis preguntas, y él me refirió con la franqueza y sencillez del niño, las muchas penas y lágrimas que su hermana había sufrido al ver que yo no respondía más a sus constantes cartas, y creyéndose engañada no

insistió. Varias de esas cartas yo mismo las puse en el correo, añadió, pero usted, ocupado seguramente con sus estudios, olvidó contestarlas. Con todo, teniente, puedo asegurarle que Lita lo esperaba, pero un día mi papá se puso serio y le dijo que perdía seguramente su felicidad si no aceptaba al que es hoy su esposo; que debería ser más sensata y comprender que usted solamente la habría querido como pasatiempo. Lita al oír eso lloró mucho y pasó días encerrada; pero cuando mi papá la llamó de nuevo para dar una respuesta definitiva a Ramírez, ella dijo que lo aceptaba. Pasados unos meses se casaron y creo que son felices.

—Deben serlo, Lita era muy buena — respondí, maquinalmente, aturdido entre tantos pensamientos que me atormentaban.

Con solicitud y cariño atendí al buen muchacho y procuré que mejorara cuanto antes, pues sin querer el pobre había renovado una herida que yo creía ya cicatrizada.

El día que abandonó el hospital, sano y contento, llegó a mi hogar y me dijo:

—Adiós, teniente Suárez; mil gracias por sus cuidados; les contaré allá en casa que me ha curado usted y que se ha hecho un buen médico.

Me abrazó luego repetidas veces y partió.

Esa misma noche en mi casa, durante la comida recordaron mis hermanas la escena de la tarde.

—Con cuánto cariño te abrazaba ese muchacho — me

dijo mi madre, llena de orgullosa satisfacción por mis éxitos.

—¿De dónde es, y por qué te llama teniente? — preguntó una de mis hermanas.

—Es de Pigüé. Me conoció cuando hice la conscripción — respondí.

—¡Ah! — me interrumpió otra, al recordar el apellido que anunció el muchacho, — este debe ser hermano o pariente de aquella novia Lita que dejaste allá y que te mareó por algún tiempo.

Aquella frase, pronunciada con tanta ironía, agregada a la nerviosidad que me dominaba esos días, hizo estallar mi enojosa sospecha. Encolerizado, sin reparar en la presencia de mi madre y de mi vieja tía, me encaré con mis hermanas y pregunté cuál había tenido la audacia de secuestrarme las cartas de Lita.

Sorprendidas e inocentes de tal culpa, no atinaron a responderme; pero mi madre tomó la defensa recriminándome la injusta acusación, y mi tía Sara, hermana mayor de mi madre, a quien queríamos y respetábamos con el cariño de abuela, se levantó de la mesa.

Creyéndola resentida por mi actitud, procuré serenarme inmediatamente y la llamé pidiéndole disculpa por mi torpeza, pero, contraria a su hábito de mostrarse siempre indulgente a nuestras faltas, no atendió a mi llamado y se retiró a su cuarto. Enmudecidos, sin darnos tiempo a ningún comentario, regresó en seguida y puso en mis manos una pequeña caja diciendo:

—No se han perdido; ahí las tienes, y perdona, querido sobrino, este egoísmo de tu vieja tía, pero te vi tan ciego y apasionado por esa campesina, que temí hiciera fracasar tu carrera, y yo quería verte médico. Desde que te recibiste, créemelo, he luchado con mi conciencia por dártelas, pero me ha detenido tu calma y tu jovial carácter, restituídos después de aquella lucha interior que se adivinaba en ti años pasados. Como te digo — insistió, — están todas cerradas, nadie se ha enterado de ellas; sólo yo he guardado este secreto.

Sin una censura, ni una queja y en aparente calma, renuncié a la sobremesa para encerrarme en mi escritorio.

Tembloroso e indeciso contemplé el montón de cartas sin saber qué hacer. ¿A qué leerlas? ¿Para qué renovar un pasado que ya no volvería? Tras un breve instante de duda, renuncié valerosamente a abrirlas y las arrojé a la estufa, pero mi tembloroso pulso hizo desviar algunas que cayeron al piso. Las recogí y al verlas de nuevo en mis manos, me asaltó la idea de abrir una, una tan sólo. Y así como el enfermo quebranta el más severo tratamiento para darse el gusto de saborear un bocado, aun cuando después haya de pagar muy caro ese placer, yo renuncié a mi propósito y abrí la primera que vino a mis manos, y leí: "Inolvidable teniente, ¿qué ha hecho usted para lograr olvidarme? Yo no puedo ni lo conseguiré nunca. Dos años largos han corrido desde su partida y cada día que pasa me parece más grande mi cariño. Y aun cuando sufro lo indecible con su silencio,

algo hay aquí que me alienta y me consuela; los sitios que recorrimos juntos, las piedras en que están grabados nuestros nombres, la gruta, todo parece que me mira complaciente y que el aire que respiro junto a ellos es un eco incesante que me dice: "espera".

"A veces sueño que usted está aquí, que aun no nos hemos separado, pero cuando despierto a la triste realidad no puedo menos que llorar. Mas luego reacciono, porque recuerdo sus palabras: "La seguridad de nuestro amor no admite dudas ni lágrimas..."

No pude seguir leyendo. Mis ojos se nublaron; nervioso estrujé la carta y la arrojé al fuego con las otras, tomé mi sombrero y me encaminé al hospital a confundir mi dolor entre el dolor ajeno...

UN LEGADO SECRETO

EN la trastienda de don Pedro, el turco, que a la vez servía de escritorio, comedor y dormitorio, sus amigos miraron siempre con curiosidad un rústico cuadro colocado a la cabecera de la cama y que a modo de escaparate, guardaba un trozo de seda blanca y bordada en colores, la que sujetaba en medio una imagen de rostro sumamente bello.

Pero la curiosidad de sus camaradas nunca fué satisfecha. Mas no faltaba quien sospechara que sería el retrato de alguna novia u otro ser querido, pues se adivinaba que un místico recuerdo encerraba aquel cuadro para su dueño.

Su tienda, la mejor surtida, llenaba las exigencias de las más elegantes del pueblo, entre las cuales gozaba don Pedro de afectuosa simpatía por su caballerosidad y lo accesible a la rebaja de precio que le hacían sus clientes.

Por las noches recibía la visita de varios amigos, infaltables a las partidas de mus y truco que jugaban en la trastienda.

Y así se deslizaba su existencia tranquila entre el trabajo e inofensivas distracciones. Sin embargo, para algunos ocultaba cierto misterio su vida.

Diez años llevaba de residencia en el pueblo sin que se hubiera advertido la presencia de un pariente o amigo que viniera de otro lugar a visitarlo.

Él solamente atendía su tienda, la que surtía por intermedio de los viajantes que venían a ofrecerle las mercaderías. Jamás bajó a la Capital, como lo hacían los otros comerciantes.

Estos eran los motivos que creaban los comentarios novelescos que cada uno hacía a su paladar sobre el buen hombre.

Cierto día corrió la triste noticia, con dolorosa sorpresa para los vecinos, de que estaba muy grave y que el médico no daba esperanzas por su salud. Entonces volvieron a agitarse los comentarios.

—¿A quién dejará su fortuna? Porque, en verdad, el turco ha de haber juntado plata en diez años — decía uno.

—Ya tendrá su testamento encerrado en la caja de fierro — respondía otro.

Y no faltaba un tercero que asegurase haber oído varias veces de los labios del moribundo que lo que había ganado en el pueblo, en el pueblo quedaría, porque los pocos parientes que tenía en Turquía no necesitaban de su ayuda.

Y así, mientras se repetían los comentarios, la grave-

dad del enfermo se acentuaba sin esperanza, pues el tumor maligno diagnosticado por el médico iba concluyendo con él.

Sus amigos redoblaban las atenciones, con puro afecto unos, con marcado interés otros.

La noche anterior a su muerte, don Pedro sintió mejoría y pudo hablar con sus amigos, y expresarles su última voluntad: la mercadería que poseía su tienda debía ser vendida en pública subasta, para donar ese dinero a la obra del hospital que se proyectaba hacer y que por falta de medios no se empezaba.

—De este modo — agregó — retribuyo al pueblo la gratitud de que le soy deudor.

Luego manifestó que el resto de su capital, que eran los muebles que lo rodeaban, se los repartieran sus amigos más necesitados, exceptuando el cuadro que guardaba la hermosa imagen, que legaba solamente a su amigo Morales, el cartero.

Grande fué el asombro de los que le escuchaban, al ver que a un padre cargado de hijos y lleno de buenas cualidades no lo favoreciera con algo más útil; pero, en fin, su voluntad era ésa y había que respetarla.

El deceso se produjo a la noche siguiente. En el entierro puso de manifiesto el pueblo su agradecimiento al legado que hacía el buen vecino, y sus amigos sintieron de verdad el vacío que dejaba don Pedro.

Al siguiente día, la Municipalidad nombró una comisión de respetables vecinos para que se encargara del

remate de la tienda y diera comienzo cuanto antes a la obra tan necesaria y que tan generosamente había sido favorecida.

La repartición de muebles y utensilios que adornaban la trastienda fué hecha sin dificultad entre los amigos necesitados, tomando cada cual lo que más le convenía. Sólo la caja de hierro ofreció dificultad; la codicia de lo que podía encerrar halagaba a todos y por ello fué necesario sortearla.

Pero el desencanto del favorecido fué grande cuando, al abrirla en presencia de testigos, encontró solamente papeles sin importancia.

Como, a pedido de los interesados, presenció el reparto de los muebles el Intendente, persona de reputada confianza, cuando vió que Morales llevaba solamente ese rústico cuadro, le expresó su sentimiento de que don Pedro no le hubiera favorecido mejor, pero Morales, desinteresado, como buen criollo, le respondió:

—Ya en vida me favoreció bastante con trajes y zapatos que me regalaba a menudo para los chicos. Además, sé bien que de todo su moblaje lo que más apreciaba era este cuadro; y me siento satisfecho que haya tenido esa preferencia para mí, al destinármelo.

Pero al llegar a su casa, tuvo que oír el rezongo de su mujer, que le dijo:

—¿A qué habrás cargado con ese mamarracho? Debe haber estado loco don Pedro para dejarte eso. ¿Qué

beneficio nos reportará tener esa imagen de la que ni su nombre sabemos?

Pero Morales la hizo callar recordándole los muchos obsequios provechosos que les había hecho.

—Bueno — terminó ella, — déjalo por ahí, que mañana lo colgaremos.

Él lo apoyó tras un ropero por temor de que los chicos lo rompieran.

Pasaron dos o tres días, y viendo que su mujer no cumplía lo prometido, tomó el cuadro y se disponía a colgarlo, cuando se acordó que tenía la llave en el bolsillo y que, según el encargo del donante, tenía que ventilarlo alguna vez.

Lo abrió y lo primero que vino a sus manos fué una carta dirigida a su nombre.

Morales leyó lo siguiente:

"Mi buen amigo: al hacer a usted depositario de este cuadro, no me guía otro propósito que el de favorecerlo.

"En la pequeña caja que verá en un extremo del cuadro cubierta con ese manto, encontrará mis modestos ahorros de diez años; se los dejo a usted para que alivie su pobreza.

"En cuanto a la imagen, que es una fotografía de la mujer que quise y con la que mi cruel destino impidió unirme, colóquela dentro del sobre que encontrará dirigido a Turquía.

"Cumplido este pedido, queme el manto (prenda que fué de ella) y el marco del cuadro.

"Por respeto a mi memoria le ruego no divulgue este secreto.

"Adiós. Su amigo *Pedro*".

La carta tenía fecha del día que cayó en cama.

Morales encontró en la cajita la suma de diez y ocho mil pesos.

LA PROMESA DE CIRILA

AQUEL año, cuya fecha no deseo recordar, fué fatal para mis estudios. Después de sufrir la humillación de ser aplazada ante mis condiscípulas, tuve que soportar la justísima censura de mi madre por haber perdido el tiempo, ocasionando gastos, etc. Y todo ¿por qué? Sólo yo lo sabía. Mi primo Carlos, que vino a pasar una temporada en nuestro hogar, tuvo la crueldad de despertar mi tierno corazón, inocente todavía a los halagos del amor.

Enferma el alma, todo se me tornó triste alrededor. La alegre colegiala de dulces y tranquilos sueños fué presa de insomnios y desvelos. Los libros fueron abandonados, y sólo por respeto a mis padres concurría al colegio, pero ¡cuán lejos estaban mis pensamientos de aquel recinto! Más: ni la aproximación de los temidos exámenes logró levantar mi abatido espíritu. Luego, las consecuencias, aplazada.

—Para tí no hay vacaciones, puesto que las has tomado durante el año — díjome mi madre en una de sus

reprimendas, mientras a mis dos hermanas mayores les dió orden de prepararse para ir como de costumbre a pasarlas en la estancia de nuestras amigas Belle, en el Tandil.

La oportuna llegada de abuelita vino a salvarme. Enterada del castigo que se me daba lo desaprobó.

—Esta niñita está muy delgada, se está poniendo feíta (esto último en voz baja); es necesario que también tome campo.

Ante su autoridad, cedió mi madre, devolviendo este indulto el buen humor a Emma y Margarita, quienes no se conformaban con la idea de dejarme.

Una semana después, acompañadas de nuestro padre, hacíamos el viaje. Pasados los primeros días de barullo y confusión que traía el regocijo de vernos juntas con las amigas de la infancia, Emma, mi hermana mayor, me recordó el especial encargo de mamá de hacerme estudiar para los exámenes de marzo. Obedeciéndola, abrí de nuevo los libros, dedicándoles las horas de la siesta por ser las más silenciosas y que ellas tomaban de reposo.

Elegí mi sitio de estudio a la sombra y frescura de un grupo de sauces que bañaban sus verdes y encrespadas ramas en una gran pileta, solaz predilecto de patos y gansos en aquellas calurosas horas.

Guarecida también por la sombra de los árboles, a poca distancia, lavaba Cirila, la mujer del capataz.

—No estudee tanto, niña; mire que le va a hacer da-

ño — decíame cuando se aproximaba para tender la ropa en el cordel.

Cerraba yo entonces el libro, y me agradaba oírla en su modo gauchesco narrar cuentos del campo, los que eran a veces interrumpidos con la llegada importuna de mis amigas y hermanas, quienes al escuchar la terminación, si la juzgaban interesante, se los hacían repetir. Fué una de esas amenas tardes, ya próximas a nuestro regreso, cuando después de haber oído uno de los cuentos de Cirila, llegaron las muchachas y hallándome quejosa por la dificultad que encontraba en las matemáticas, me dijo Rosita:

—¡Pero, querida! hazle una promesa a San Antonio y verás cómo sales a la orilla.

—A San Expedito, che — agregó otra; — mira que dicen que es un santo muy milagroso.

—¡A la Virgen de la Merced! — terció Cirila; — ésa sí que es milagrosa; pa mí no hay santo que la iguale.

—¿Le ha hecho a usted muchos milagros? — le interrogué.

—¡Oh, sí, niña; si yo les contara!...

—¿Y qué promesa hay que hacerle? — pregunté de nuevo, movida por el halago que me producía su locuacidad.

—Eso, niña, la que uno quiera; yo, la última que le hice fué tejerle pa unas naguas, un embutido de medio metro de ancho, por cuatro de largo, que lleva escrito el "Padre nuestro".

Al oírla todas nos interesamos.

—Se las he de enseñar — continuó: — verán qué lindo trabajito.

—¿Cómo? — la interrumpió Emma. — Si eran para la virgen, ¿por qué las tiene usted?

—¡Callen, niñas!; si me tocó un cura más ridículo; figúrense que cuando se las llevé ya bien planchaditas pa que las estrenara Nuestra Señora en su día, me sale diciendo que eran muy anchas y la harían demasiado gorda. ¡Como si la Virgen tuviera que seguir la moda! ¿No les digo, niñas, en los tiempos que andamos? Pero voy por ellas en seguida pa que las vean.

Y mientras quedamos esperando, hacíamos los comentarios, considerando el trabajo de tejer letra por letra hasta terminar el Padre Nuestro...

No se hizo esperar mucho.

Al verla aparecer por la calle semiangosta de pinos, no pudimos contener la risa. Cirila, para que apreciáramos mejor su trabajo, se las había puesto, y era tal el volumen, que aparentaba con ellas que su figura llenaba completamente el claro de la calle; diríase que traía miriñaque. Una vez frente a nosotras se quitó el batón de percal y tomando las enaguas con los dedos de ambas manos, como dispuesta a bailar el "gato", mientras giraba lentamente, nos decía: "Vayan liendo, niñas, vayan liendo..."

ALGUNOS JUICIOS SOBRE "HAZ DE AÑORANZAS"

Del Dr. Carlos Ibarguren (Presidente de la Academia Argentina de Letras).

He leído con placer su libro *Haz de Añoranzas*, encontrando en sus páginas bellamente escritas, evocaciones, episodios y leyendas inspiradas en hechos, tipos y cosas genuinamente argentinas.

Del Dr. Carlos Obligado (miembro de la Academia Argentina de Letras).

He leído con el merecido interés su excelente libro de relatos titulado *Haz de Añoranzas;* y con recta sinceridad la felicito por su obra. Dentro de la diversidad de valores propia de todo libro fragmentado, muchas de sus narraciones sencillas merecen perdurar por lo genuino de la emoción y lo limpio de la forma, libre de todo oropel falsamente literario. Y esta es cualidad digna de todo elogio, por el gusto depurado que revela.

Al lado de la que pudiéramos llamar "prosa de arte", elaborada y suntuosa, que aspira a valer *por sí misma*, pero que sólo lo consigue en algunos muy grandes escritores mientras que en

otros se despeña en lo cursi, existe otro ideal de prosa: el de la "prosa de cristal", que aspira, por lo contrario, a resultar *invisible*, pero por lo mismo, a transparentar perfectamente el contenido emocional o pintoresco que se propone comunicar. Maestro de aquella prosa seria entre nosotros, Enrique Larreta, y de esta otra Miguel Cané. Conscientemente o no — pues esto es más bien materia de intuición — su labor de escritora va por el despejado aunque no fácil sendero de la segunda; y éste es mérito singular bajo pluma femenina y en nuestras tierras subtropicales.

Reiterándole la felicitación más cordial, la saluda afectuosamente.

Del Dr. Gustavo Martínez Zuviría (miembro de la Academia Argentina de Letras).

Oportunamente recibí su libro *Haz de Añoranzas*. Siento que lo precario que es mi tiempo no me permita dedicarle algunas horas y escribirle un juicio digno de la obra, excelente por su fondo y su forma, y de la autora que tanto bien hace con sus páginas sanas y bien escritas, amenas y finas. Veo con la mayor simpatía su prestigio creciendo entre los lectores, y no dudo que a medida que su obra literaria sea más copiosa su público será más grande y nadie tendrá sino elogios que hacer de libros como los suyos inspirados en las mejores ideas y sentimientos cristianos y argentinos.

Le ruego quiera considerarme su amigo y lector fiel y afectuoso.

De José Eugenio Compiani (Presidente del Ateneo Ibero-Americano).

La lectura de los breves relatos que integran el bien presentado volumen, me ofreció placenteros instantes, pues los hechos o circunstancias humanas, casi siempre dramáticos, que le sir-

ven de tema especial, motivan interesantes evocaciones de aspectos, cosas, tipos y costumbres que, por pertenecer en su mayor parte al pasado de la vida nacional, resulta su conocimiento de evidente utilidad para las actuales generaciones.

Así desfilan por las páginas de su libro, animadamente evocadas figuras populares, cuyo recuerdo va diluyéndose cada vez más en la penumbra de los tiempos idos, como "La loca de la calle de los Mendocinos", "Pocas Plumas" o "Don Anacleto el Bastonero", que aún cuando todavía subsiste en ciertas provincias, no tardará en desaparecer bajo la demoledora acción del progreso.

No poco contribuye a la gratísima impresión que su libro deja en el ánimo del lector, la pulcritud de la forma y la diafanidad del estilo de la prosa en que todo él está escrito, tan eficaz cuando narra y describe, como en transmitir las distintas emociones que emergen de la realidad evocada.

Reciba usted con mis efusivos plácemes por la publicación de *Haz de Añoranzas*, significativo exponente de sus dotes de escritora, la seguridad de mi respetuosa y distinguida consideración.

"La Prensa".

"HAZ DE AÑORANZAS", RELATOS ARGENTINOS, POR CARMEN AROLF

Evocan estas páginas claros episodios de la vida del país en el siglo pasado

Cosas de nuestro pasado, interpretadas con criterio de artista y expuestas en bellas formas literarias, son las contenidas en el libro original de Carmen Arolf. Cada tema posee, en *Haz de*

Añoranzas, interés propio. El conjunto se valoriza como tal, en cuanto expresión de temperamento delicado y armonioso.

A Carmen Arolf no le seducen los conflictos extremadamente complicados ni los dramas espeluznantes. La vida normal de nuestros abuelos ofrece matices que la escritora aprovecha con indudable acierto y cordura. Es la suya un alma que contempla las cosas y los seres sin enfado y que en todo caso prefiere aquello que guarda sentido moral.

Así, por ejemplo, "La loca de la calle de los Mendocinos" (la que hoy es Maipú), contiene un sencillo relato de la época del virrey Cisneros.

Es el caso de un amor de dos seres dignos de la más cumplida ventura. Cuando la niña tuvo la certeza de la muerte de su prometido, se consagró a guardar aquella memoria sagrada, y los moradores de la referida calle —su calle—, la vieron, durante años, enlutada, pálida, como buscando entre los viajeros de Mendoza al que no había de volver.

La piedra movediza del Tandil, que hasta hace unos 25 años constituyó una curiosidad en la provincia de Buenos Aires, ha sugerido a Carmen Arolf una bonita leyenda que aparece contenida en no más de dos páginas. La muerte del general Lavalle, las ruinas de Loreto y otros episodios y lugares sugieren también a la autora páginas tersas y ricas de emoción. Pero insistimos en señalar, como una característica de la obra, el elemento ético que anima estos relatos, en los que asoma por lo demás, el espíritu de una honda argentinidad.

"*Haz de Añoranzas*" ha sido impreso en la Imprenta López, de esta capital.

De "La Nación".

"HAZ DE AÑORANZAS"

POR CARMEN AROLF

Acaba de aparecer *Haz de Añoranzas*, pequeño libro en el que Carmen Arolf reúne una serie de brevísimos relatos evocadores. Son escenas de costumbres criollas e indias, a las que a menudo se mezclan interesantes referencias históricas. Casi todas tienen por marco la República Argentina de la centuria pasada. Vemos desfilar en ellas a tipos populares, como "la loca de la calle de los Mendocinos", cuyo amor se trocó en demencia, después de la muerte de su novio; a personajes curiosos, tal "Don Anacleto, el Bastonero", director de bailes del paisanaje; a indígenas llenos de misterio, como el Coya Paichú, que recorría la Recova Vieja de Buenos Aires vendiendo hierbas para los males del cuerpo y del espíritu. La leyenda de la piedra movediza de Tandil, la descripción de un "velorio del angelito" y la pintoresca "novena de Doña Casilda", quien encendía los cirios del revés, para congraciarse con Dios y con el diablo, completan el volumen.

No se ha propuesto Carmen Arolf hacer obra de historiador, ni tan siquiera presentar un trabajo de artista. Su libro está escrito con sencillez. Hay en algunos de sus párrafos verdadera emoción. Singularmente interesante, entre otros, es el romance que ha tejido en torno del primer matrimonio civil que se efectuó en las Malvinas, en 1830, cuando era gobernador de las islas don Luis Vernet. También llaman la atención "La plegaria nocturna", que pinta una antigua creencia del interior, referente a la limosna que es menester alcanzar para que los muertos sean recibidos en el reino de los cielos, y "Pocas plumas", retrato de un cantor solitario.

De Luis Barrantes Molina (EL PUEBLO).

La señora Carmen Arolf, que desde hace tiempo colabora en las revistas con preciosos trabajos literarios de evocación histórica y tradicional argentina, ha dado a la publicidad una selección de sus mejores leyendas, a la que acertadamente le ha puesto por título: *"Haz de Añoranzas"*.

En efecto; añoranzas o recuerdos personales, dulcemente melancólicos, referidos en la cálida expansión del hogar por personas que todavía viven, son esas leyendas, y por eso se caracterizan por el sello de veracidad que tienen, por la naturalidad y sencillez del lenguaje, en que están relatadas, sin rebuscamientos retóricos, por la ingenuidad de los sentimientos que expresan, por la candidez del amor sin lascivia que agita a la mayoría de sus personajes, por el respeto a la moral que los hace aceptables para toda clase de lectores y por su aroma de poesía, de religiosidad y de patriotismo, que los hace recomendables.

Entre ellos, hay algunos dramas interesantes y originales, con prolijos y exactos detalles de costumbres provincianas, indígenas o coloniales, mediante los cuales el lector tiene una impresión muy viva del ambiente urbano, social, panorámico, histórico, doméstico y civil, en que vivieron las generaciones pretéritas, aunque no muy lejanas de nosotros, pues los personajes biografiados a través del relato vivieron en la época de Rosas o poco después.

La autora revela una sensibilidad exquisita para descubrir las cosas antiguas, al parecer insignificantes, como calles, ropas, costumbres, muebles, plazas, edificios arcaicos, sabiendo encontrar en ellos la poesía de la historia, la magia del pasado, el interés misterioso que para el espíritu reflexivo ofrecen los objetos y las personas que existieron, sufrieron o amaron en otros tiempos.

Esta afición o aprecio al pasado es rara entre nosotros, porque con relación a Europa, y a algunos países de América, somos un

país de escasa tradición, pero de renovación y progreso tan precipitados, que las costumbres y las ideas se introducen, se importan, se reforman y se abandonan por otras, sin permitirles arraigarse ni dejar huellas. Es necesario cultivar la tradición, porque ella es herencia de civilización y estímulo del patriotismo.

Bajo la pluma evocadora y pintoresca de la señora Arolf, varios personajes históricos de la Argentina, como el tirano Rosas y el general Lavalle, adquieren interesante relieve y exhiben rasgos ignorados de su carácter. Tanto en esas semblanzas anecdóticas, como en los protagonistas de los relatos de amor, predomina el optimismo de la escritora que propende a ver con preferencia el aspecto bueno de las personas, por lo cual del conjunto de sus leyendas o historias se desprende una lección o ejemplo de relativa honradez de los antepasados argentinos. Eso es hacer patria y moralizar.

INDICE

Pág.

El hechizo de los querandíes 7
La india Lahuén 15
La gruta de Lican 21
Un idilio en la sierra de Lihué-Calel 27
El cacique Apochehué 39
Una leyenda de las Termas de Copahué 45
El país del diablo 53
La cautiva María 61
Una leyenda del lago San Martín 67
Se sacan muelas y se aplican sanguijuelas 73
Mi primer enfermo 79
Lita 85
Un legado secreto 99
La promesa de Cirila 107

Algunos juicios sobre *Haz de Añoranzas* 113

SE ACABÓ DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EL 12 DE
DICIEMBRE DE MIL
NOVECIENTOS TREINTA
Y OCHO EN LOS TALLE-
RES GRÁFICOS DE LA
IMPRENTA LÓPEZ
CALLE PERÚ 666,
BUENOS AIRES.

Carmen
Arolf
matices
Sureños